

CHRISTOPHER CLARK: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2014, 798 págs.

«Trazar una línea de la máxima verosimilitud a través del caos de las fuentes» (80). Es una máxima que debe guiar el trabajo de cualquier historiador y el empeño titánico en el que se ha sumergido Christopher Clark, autor de este excelente libro sobre los orígenes de la Gran Guerra. Pocos calificativos casan mejor que el de titánico para esta obra. La guerra mundial y las complejas fintas diplomáticas que la precedieron en los primeros años del siglo XX generaron centenares de miles de documentos en los gobiernos de todo el continente europeo, dispersos hoy por los archivos de París, Moscú, Berlín, Viena, Belgrado, Londres, Bruselas o La Haya que Clark ha frecuentado.

Es una documentación que no basta con consultar y referenciar: necesita ser cribada y analizada con detalle pues, como recuerda el autor reiteradamente, los textos escritos no son explicativos por sí mismos; para ser comprendidos en su pleno sentido hay que tener en cuenta quién fue su autor y qué papel desempeñaba en el sistema político de su país, en qué momento fueron redactados y quién o quiénes eran sus destinatarios. Un mismo protagonista puede remitir telegramas contradictorios a distintos corresponsales en el mismo momento como parte de una estrategia. O sostener argumentos dispares en diferentes momentos de su vida, algo muy presente al contrastar los documentos generados antes de la guerra con las memorias escritas en la posguerra.

Tampoco la desaparición de expedientes, su supervivencia o el modo en que han llegado a nosotros son siempre inocentes: Clark alerta sobre la modificación de documentos a posteriori para que encajen en un determinado relato o sobre el carácter autojustificativo de las aparentemente neutrales colecciones diplomáticas elaboradas por cada país tras la guerra, que tienden a diluir las responsabilidades del emisor acrecentando las de los viejos socios o rivales. Y luego está el maremágnum de la bibliografía secundaria, que a finales del siglo XX sumaba los 25.000 títulos entre libros y artículos. Cabe suponer que Clark no habrá leído exhaustivamente un volumen de material tan ingente, pero sí resulta evidente que lo domina a la perfección. Y ello le permite alcanzar uno de los grandes méritos de este libro: analizar detalladamente en función de la documentación existente todas y cada una de las decisiones diplomáticas que, entre 1900 y 1914, adoptaron las élites políticas de los Estados protagonistas de la guerra –Rusia, Austria-Hungría, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Serbia y en menor medida Italia y Bélgica– y trazar a partir del inmenso volumen de memorias, documentos diplomáticos y bibliografía secundaria las tan ansiadas «líneas de máxima verosimilitud». Sin duda, una tarea titánica.

A partir de todo este volumen de material, Clark traza un cuadro complejo de Europa en los primeros años del siglo XX. Un cuadro del que quiere destacar dos apuntes. El primero es la polifonía, la proliferación de voces que se escucha en cada país y en cada momento; la multiplicidad de actores que toman decisio-

nes de un modo a veces atropellado, a veces planificado; en ocasiones visceral, otras largamente meditado; líderes políticos que persiguen objetivos constantes a lo largo del tiempo y otros cuyas opiniones u objetivos varían de un modo errático, en función de circunstancias siempre cambiantes; diplomáticos cuyos mensajes y tonos difieren en un mismo momento según quien sea el interlocutor con el que tratan; gobernantes que adoptan decisiones en función de coyunturas precisas, de equilibrios inestables que cuando se desmoronan requieren un cambio de actitud. «Un caos de voces enfrentadas» porque «las estructuras ejecutivas de las que salían las políticas distaban mucho de estar unificadas» (pág. 204).

El segundo apunte tiene todo que ver con el anterior y es el carácter contingente del proceso de toma de decisiones que condujo a la Primera Guerra Mundial. La guerra ocurrió, sin duda. Pero pudo no haber ocurrido u ocurrido de otra forma. Son tantos los actores implicados y tantas las decisiones que se adoptaron en los años previos a la contienda en contextos tan diferentes, que de haber variado una o más piezas del engranaje el resultado podría haber sido muy distinto. A lo largo del libro, Clark no se cansa de llamar la atención «sobre el papel de los reajustes contingentes y a corto plazo a la hora de influir en las condiciones en que se desarrolló la crisis de 1914» (pág. 639).

Para trazar este complejo entramado, Clark recurre a todas las herramientas posibles, ataca desde diferentes puntos de vista historiográficos. Así, buena parte de los capítulos constituyen excelentes estudios de la historia política, constitucional y de las organizaciones burocráticas de cada uno de los Estados enfrentados. Son magníficos los análisis comparados sobre las competencias constitucionales de los monarcas y de los jefes de Estado. O los relativos al análisis de la estructura de los ministerios de asuntos exteriores: el apartado sobre la organización burocrática de la diplomacia francesa, dividida entre halcones y palomas, alerta al historiador sobre el riesgo de tratar como sujetos monocordes a organizaciones que poseen diversas voces. Y no solo se revela como compleja la organización burocrática de cada ministerio. La singularidad de cada individuo aporta otro grado de incertidumbre: un embajador con carácter puede marcar la impronta de la política exterior ante un ejecutivo débil. También es destacable el análisis de las divisiones en el seno de cada gobierno: la idea de que son agentes uniformes que adoptan posiciones unánimes se hace añicos cuando vemos a Lord Grey ocultar durante años al resto del Gabinete británico el alcance de sus compromisos con Francia. Solemos tener en cuenta este tipo de cosas cuando analizamos la política interior de cada país, pero con frecuencia, al tratarse de relaciones internacionales, simplificamos nuestro discurso asegurando que tal estado o cual gobierno actúan de tal o cual forma: Clark nos recuerda que aquel gobierno o aquel país no son un solo actor, sino, con frecuencia, una cacofonía de voces disonantes.

Si los apuntes sobre historia constitucional son excelentes, los estudios biográficos y los análisis psicológicos de los personajes no lo son menos. Clark consigue transmitir al lector la turbación del pobre primer ministro francés René

Viviani, en julio de 1914, literalmente arrastrado a la guerra por Clemenceau. Las dudas de Lord Grey en ese mismo mes nos muestran cómo, ante la inminencia de la contienda, no solo es que hubiera división en el seno de los gobiernos, sino que los propios individuos aparecían escindidos: «las duras alternativas entra las opciones contrarias no solo dividían a los partidos y a los gobiernos, sino también la mente de los principales dirigentes» (pág. 617). Algunos retratos, como el de Conrad von Hörtzendorf son deliciosos. Y no es menos interesante el papel que el autor atribuye a la construcción, difusión e imposición de relatos sobre qué debía ser Europa y qué papel debía desempeñar en ella cada una de las potencias. Así, tras la descomposición del Imperio otomano, la entente logró que fuera calando el mensaje de que el Imperio austro-húngaro era el nuevo hombre enfermo de Europa, cuya descomposición resultaba inminente. «Todos los protagonistas principales de nuestra historia filtraban el mundo a través de narraciones que habían sido construidas a partir de fragmentos de experiencia amalgamados con miedos, proyecciones e intereses disfrazados de máximas» (pág. 640).

Creo que solo se me ocurre un pero que objetar al libro: la evidente toma de partido de su autor a favor de los imperios centrales, realizada por sus grandes dotes narrativas, por ese estilo con frecuencia impresionista que busca generar sensaciones en el lector. Un tanto obsesionado por desmontar el mito de la responsabilidad alemana en el origen de la guerra, Clark —en ocasiones de un modo más sutil, en otras menos— hace permanentemente de abogado de Alemania y Austria-Hungría. Lejos de la imagen que lograron vender los vencedores, sostiene Clark que el Imperio austro-húngaro era un dechado de virtudes constitucionales y una institución mucho más sólida de lo que parecía al final de la contienda, en la que los conflictos internos entre las distintas nacionalidades eran más aparentes que reales. Por otra parte, Alemania es la gran incomprendida de la historia. Y el káiser: ¡qué personaje entrañable! Clark lo retrata como ese tío algo locuelo que hay en todas las familias, charlatán, temperamental, algo pesado y machacón, al que rehuimos para que no nos cuente la misma batallita de siempre, pero que en última instancia es una bellísima persona. Una cosa es sostener que en procesos tan complejos como el que condujo a la Gran Guerra no hay un único culpable, y otra dejar caer en un rincón del libro, como quien no quiere la cosa, que el pobre Bismarck se vio obligado contra su voluntad, por razones de política interior, a ocupar Alsacia y Lorena en 1871. Un ligero pecadillo. Eso sí: los franceses aparecen con frecuencia como unos obsesos de la revancha y los serbios o son crueles y sanguinarios, o son taimados, y lo mismo merecen ser invadidos por Austria-Hungría en 1914, que bombardeados por la OTAN en 1991...

En cualquier caso, la lectura de *Sonámbulos* es toda una experiencia. Clark, encima, es un magnífico escritor que logra transmitir sensaciones. En suma, este es un libro que no debería dejar de leer ningún historiador.

Miguel Martorell Linares

UNED